

BS2555
E 4
V. 4

EVANGELIO MEDITADO

D. JACINTO MARIA BLANCO

D. Juan Antonio Maldonado



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CCXV.

PARÁBOLA DEL JUEZ Y DE LA VIUDA.

(Luc. xviii, 4-8).

DE LA CONSTANCIA EN LA ORACION.

Consideremos : 1.º cuál es el principal objeto de esta parábola ; 2.º cuál es el sujeto ; 3.º cuál es su explicacion.

PUNTO I.

Del objeto principal de esta parábola.

« Y les decia tambien una parábola , para enseñarles que conviene orar siempre , y nunca cansarse... »

1.º *Conviene orar siempre...* Esto se practica de dos maneras...
1.ª Con la continuacion de la oracion , de suerte que una persona ore siempre , ó cuási siempre tomando este término moralmente , sin que en su oracion se halle alguna considerable interrupcion. Una práctica tan bella y tan útil no es en sí tan difícil como frecuentemente imaginan algunos. Se trata solamente de la preparacion del corazon , y de vencer con esto la pereza , la desidia , y aquella tibieza que nos impide hacernos violencia. ¡ Ah ! si quisiésemos hacer la prueba y ejercitarnos en esto por algun tiempo , muy presto nos adelantariamos y llegaríamos á la perfeccion. ¿ Quién nos impide cada vez que tenemos un movimiento bueno levantar el corazon á Dios , ó para darle gracias , ó para alabarle , ó para pedirle socorro , el perdon de nuestros pecados , y la gracia misma de la oracion : para ofrecerle lo que hacemos ó lo que tenemos que padecer y que sufrir por él ? ¿ Quién nos impide decirle que creemos en él , que en él esperamos y que lo amamos ? ¿ En cuántas ocasiones podríamos , sin algun perjuicio de nuestras ocupaciones , pensar en Dios , que todo lo ve y que está presente á todo , entretenernos en salmos ,

himnos y cánticos espirituales? Cuando no hiciésemos otra cosa que rezar la oracion del *Padre nuestro*, la Salutacion angélica ó alguna otra oracion vocal, cuando las repitiésemos muchas veces al dia, ¿creemos que nuestro dia no estaria mejor empleado de lo que lo está de ordinario? ¿Qué consuelo y qué provecho no sacaríamos? Y para esto no es necesario hacer un grande esfuerzo ni mucho conato del espíritu; basta la sola buena voluntad, amar á Dios y desear agrádarle. 2.^a Con la perseverancia en la oracion... Perseverancia en los ejercicios regulares de la oracion, y perseverancia en la peticion que hacemos á Dios de cualquier gracia particular que queremos obtener. Hay algunas gracias que debemos pedir hasta la muerte. Una oracion perseverante es siempre, ó de un modo ó de otro, oida de Dios, y siempre bien despachada en el modo mas conveniente á nuestra santificacion.

2.^o *No es jamás conveniente perder el valor ni caer de ánimo...*

1.^o En los males de esta vida; porque en la oracion tenemos el remedio... Habia hablado el Salvador á sus discípulos de los peligros y de las desgracias que debian acaecer, y ahora los exhorta á no caer de ánimo, sino recurrir incesantemente á la oracion. ¿Por qué? porque la oracion es un escudo que nos hace impenetrables en las adversidades. Las mismas adversidades nos son útiles en cuanto nos obligan á recurrir á la oracion. No perdamos el ánimo ni en las persecuciones que se nos mueven, ni en las tentaciones que la carne y el demonio nos hacen experimentar, ni tampoco lo perdamos en nuestras imperfecciones, en nuestras caidas ni en nuestros pecados. La oracion es un remedio para todo. Recurramos á la oracion, pidamos al Señor incesantemente y con perseverancia, y triunfaremos de todos nuestros enemigos, y sus mismos esfuerzos se volverán en provecho nuestro. 2.^o No conviene desanimarnos en la oracion misma... Nada nos desanime en el ejercicio de la oracion, nada nos la haga abandonar. Nos desanimamos por la flojedad, por el tedio, por el disgusto: estos son obstáculos que conviene superar, pruebas que conviene sufrir y que tienen un tiempo limitado; son finalmente tentaciones que conviene vencer... Nos desanimamos porque nos persuadimos que el ejercicio de la oracion nos es inútil, que Dios no nos oye, que de ella no recibimos algun provecho, que en ella perdemos el tiempo, que empleamos una fatiga superflua, y que finalmente no hemos sido criados para esto, y que Dios no lo exige de nosotros. ¡Ah! echemos léjos de nosotros estos pensamientos que son otros tantos errores que el demonio se esfuer-

za á inspirar en nosotros para apartarnos de la oracion, estando cierto que si le sale bien, quedaremos sin defensa y expuestos á todos sus lazos. Nos desanimamos tambien por las culpas que cometemos, por las disipaciones á que nos abandonamos, y por los pecados en que caemos; pero entonces justamente es cuando debemos orar mas que nunca, no dejemos de recurrir á la oracion, y de recurrir prontamente y con nuevo esfuerzo y fervor. No hagamos caso del demonio, que todo lo pondrá en obra para apartarnos de ella; antes bien escuchemos á nuestro divino Salvador que nos anima de una manera la mas fuerte y la mas tierna por medio de la siguiente parábola... Pidámosle la gracia de penetrar bien su sentido, y de no perder jamás de la memoria la instruccion que contiene.

PUNTO II.

Del sujeto de la parábola.

1.^o *Los caracteres de los personajes...* «Habia un juez en cierta ciudad, el cual ni temia á Dios ni respetaba á los hombres...» ¡Oh y cuán digna es de compasion una ciudad cuando es gobernada y juzgada por un hombre de este carácter, que ni tiene conciencia ni honor, que no teme los juicios de Dios, y no tiene atencion alguna á las necesidades ni á las instancias de los hombres, y que no le da cuidado su alma ni le importa su reputacion! La ley para un tal juez es un remedio débil contra la injusticia y la opresion. 2.^o *Carácter de la viuda...* «Y habia en aquella ciudad una viuda...» Esta viuda afligida, falta de los bienes de fortuna, sin proteccion y sin apoyo, antes aquello poco que tenia de lo suyo se lo habia quitado un hombre injusto que además le pedia lo que ella no tenia, y cruelmente la importunaba... Imágen bien visible de la Iglesia perseguida, y de toda alma fiel afligida que sufra con ella. Esta parábola la instruye de las obligaciones que debe cumplir, y de la esperanza que la debe sostener.

2.^o *La conducta de los dos...* 1.^o Por un largo intervalo de tiempo... la viuda habia hecho recurso al juez... «Iba al juez, diciéndole: Hazme justicia de mi contrario...» Defiéndeme, librame de la opresion, reprime y castiga al que me oprime... «Y él por mucho tiempo no quiso...» Viuda desgraciada, ¿qué harás tú, pues? ¿Á quién recurrirás para mover un corazon tan bárbaro? Tú no tienes alguno que se interese por tí, y cuando lo tuvieras, tu juez no escucha persona alguna; á nadie tiene respeto. ¡Ah! no te queda otro

remedio que una horrible desesperacion. No : esta viuda abandonada y desechada, sin otro socorro que ella misma y su súplica, de ninguna manera se desanima : vuelve otra vez al juez, y le dice... «Hazme justicia de mi contrario...» El juez la volvió á despedir y nada hizo. De nuevo vuelve y hace la misma peticion, y recibe la misma repulsa. No se cansa la viuda, vuelve otra y varias veces con su misma peticion ; pero el juez no se enternece y le niega la justicia. ¡Oh cuántas dilaciones! jamás se acaba la alternativa de las peticiones y de las repulsas. Pero la viuda no se acobarda, ni pierde el ánimo. ¡Ah! ¡viuda desgraciada! son inútiles tus empeños, inútiles tus instancias : tú pierdes tus pasos y tus plegarias. ¿No conoces á tu juez? En vez de moverlo é inclinarlo á favorecerte, no haces otra cosa que irritarlo mas siempre contra tí. No importa, la viuda continúa, y siempre vuelve... 2.º Finalmente la continuacion y la perseverancia, y la misma importunidad de la viuda vencieron la dureza, la iniquidad y la obstinacion del juez... «Pero despues «de esto dijo entre sí, aunque no temo á Dios, ni tengo respeto á los «hombres, con todo eso, porque esta viuda me importuna, le haré «justicia, para que no venga al fin á inquietarme...» No, decia entre sí, ningun motivo de religion ni alguna consideracion humana es capaz de obligarme á hacer lo que no quiero ; pero á lo menos soy deudor en alguna cosa á mi propia tranquilidad. Cedamos una vez á la importunidad de esta viuda... De esta manera, con la perseverancia, salió la viuda con obtener de este juez la justicia que le pidió, y que ya por tanto tiempo se le negaba... ¿Comprendemos nosotros bien el sentido de esta parábola? ¿Qué otra cosa ha de haber mas eficaz y mas urgente para animarnos á la oracion, para llenarnos de confianza y consolarnos en todos nuestros males? Jesucristo mismo es el que nos propone esta tierna parábola ; pero escuchémoslo ahora tambien que nos da su explicacion.

PUNTO III.

Explicacion de la parábola.

1.º *Diferencia entre el sujeto de la parábola y el objeto que ella representa...* 1.º Entre el juez y Dios... «Y dijo el Señor : Atended lo «que dice el juez injusto. ¿Pues Dios no hará justicia á sus escogidos?...» Observad, dice Jesucristo, que este juez es perverso é inícuo, y que vuestro Dios es justo y es la misma equidad : que este juez es un juez bárbaro é inflexible, y que vuestro Dios es tier-

no y compasivo ; que este juez no tiene honor y es poco celoso de su reputacion, y que vuestro Dios es celoso de su gloria, la cual jamás cederá á ninguno ; un Dios que se ha reservado la venganza, y que debe públicamente ejercitarla... Ahora vosotros habeis oido la resolucion que toma este juez cruel é injusto de escuchar las súplicas de una mujer perseguida y de hacer cesar la vejacion, no ya estimulado de los sentimientos de humanidad, sino por su propio interés, y porque la suplicante lo importuna ; pero el Dios á quien vosotros servís es justo, es bueno, es el Padre de las misericordias, el Dios de toda consolacion. ¿Cómo, pues, podréis vosotros creer que no escuchará las voces de sus escogidos?... 2.º Diferencia entre la viuda y la Iglesia que ella representa... «¿Y Dios, pues, no hará «justicia á sus escogidos, los cuales lo invocan dia y noche, y será «lento en daño suyo?...» Aquella es una viuda por la que el juez no tiene otra cosa que indiferencia, ó acaso tambien desprecio : estos son los escogidos de Dios, esta es la esposa amada de su querido hijo ; son almas dotadas de su gracia en quienes él habita, y en quienes se complace y cuyos intereses son suyos propios. Allí se trata de una viuda que á lo mas va una vez cada dia á suplicar á su juez ; aquí se trata de la Iglesia católica, que en sus divinos oficios que celebra dia y noche sin interrupcion, pide venganza de sus enemigos, de aquellos que la persiguen, que la calumnian, que la oprimen : allá es una súplica enfadosa é importuna, aquí son gritos aceptos al Señor, que salen por su orden, que se forman por medio de su espíritu : estos gritos penetrantes que mueven el corazon de Dios los halla la Iglesia en los Salmos ; ella no los envia movida de odio contra sus enemigos, antes bien desea con ansia su conversion, los envia aun en su misma presencia para que teman los efectos y se conviertan ; y si no lo hacen, no envia estos gritos ya por un deseo de venganza particular, sino por un deseo ardiente de que sea vengada la gloria de Dios y resplandezca su justicia. Querrian los perseguidores que no solo los cristianos, sino tambien aun su Dios quedara sin venganza ; pero no, no será así. La Iglesia no debe por sí misma vengarse ; pero tiene orden de gritar, de pedir venganza de dia y de noche, y Dios la librárá de las violencias que le hacen sus enemigos, y su confianza no quedará sin recompensa.

2.º *Conclusion de esta parábola...* El Salvador concluye esta parábola con darnos una seguridad, y con hacernos una pregunta... 1.º Nos da una seguridad... «Os digo que presto tomará de ellos

«venganza...» La venganza divina no tardó en caer sobre la infiel Jerusalem. ¿Contra cuántos particulares, tiranos y naciones enteras no se desahogó ella? ¿Con qué guerras, con qué muertes, incendios y estragos no castigó Dios el desprecio de la fe y las persecuciones suscitadas contra la Iglesia en el África, en el Asia, en la Grecia, sin hablar de lo restante de la Europa? Pero el colmo de los males es que, cayendo el infiel debajo de los golpes de un Dios vengador, se endurece como el judío; no quiere conocer la mano que lo castiga, no se humilla ni se convierte. Pero ¡ah! todos estos golpes de la divina venganza no son mas que unas gotas del cáliz preparado para el gran día de las venganzas del Señor contra los pecadores; entonces el mundo entero se armará en su favor contra los insensatos... Este día para nosotros no está léjos, pues el intervalo que hay entre nuestra muerte y aquel día grande se debe contar por poco... 2.º Jesucristo nos hace una pregunta... «Mas cuando venga el Hijo del hombre, ¿creéis que encontrará fe sobre la tierra?...» Hé aquí, pues, el origen de las persecuciones que sufren los escogidos, y de los castigos con que Dios los venga... La falta de la fe... Se olvidan las obras de la fe; se escuchan los engañadores, y se protegen; se desprecia la voz de los pastores; se cambia poco á poco de máximas y de lenguaje; se aborrecen los que están mas unidos á la fe y la defienden. Con estas disposiciones basta una chispa para excitar un incendio, un ligero incidente para declararse la persecucion. Son sacrificados los escogidos; y bien que sus almas gocen en el cielo el fruto de sus victorias, esto no impide que estas mismas almas, segun la expresion figurada del Apocalipsis¹, no estén siempre al pié del trono, donde día y noche gritan venganza; y que cuando el Hijo del hombre oye sus gritos, y viene á castigar á los perseguidores, halle poco ó nada de fe en los caminos, barrios y ciudades en que ejercita sus venganzas. ¿Habia, por ventura, mucha fe en Jerusalem cuando los romanos la destruyeron? ¿Quedaba aun, acaso, mucha por aquellos lugares y ciudades, otras veces tan floridos por la Religion, cuando experimentaron las terribles revoluciones que en ellos cambiaron faz y gobierno? Lo que sucedió á estas particulares naciones llegará un día al universo entero. Despues de haber recibido la fe, él mismo la perseguirá, correrá la sangre de los escogidos, y quedarán sobre la tierra pocos fieles cuando el Señor vibrará contra ella los últimos golpes; cuando vendrá finalmente y para siempre á vengar él mismo sus escogidos, y á oprimir y castigar sus enemi-

¹ Apoc. vi, 9.

gos con todo el peso de su potencia... Roguemos, pues, á este Dios formidable en la expectativa de sus impenetrables juicios; supliquémosle con confianza, con perseverancia, sin cansarnos jamás ni desanimarnos.

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! lo comprendo: la dilacion de vuestras misericordias no es una repulsa, sino una prueba; conozco que era necesario pedir y suplicaros con tanto mayor fervor, cuanto hasta ahora os hemos pedido sin apariencia de buen suceso, y que debemos esperar con tanta mayor confianza, cuanto despues de largas dilaciones estamos mas próximos á ser oídos, si no cesamos de pedir. ¡Ay, pues, de mí! si por falta de perseverar algunos momentos viniese á perder mi consolacion y mi corona. Os suplicaré y os rogaré, pues, ó Dios mio; no cesaré de pedir, y la confianza animará incesantemente mi corazon... Haced, ó Señor, que la fe me lleve á orar, y que mi oracion aumente mi fe; ó antes bien Vos mismo suplid lo que á mí me falta; dadme el espíritu de la oracion; formad en mí, mediante vuestro santo espíritu, oraciones dignas de Vos, y para que jamás cese de obtener, haced que jamás cese de pedir. Amen.

MEDITACION CCXVI.

PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO.

(Luc xiii, 9-14).

DE LA HUMILDAD DE LA ORACION.

Observemos: 1.º quién son aquellos á quienes el Salvador endereza esta parábola; 2.º la oracion del Fariseo; 3.º la oracion del Publicano.

PUNTO I.

De aquellos á quienes el Salvador endereza esta parábola.

«Y dijo tambien esta parábola á algunos que confiaban en sí mismos como justos, y despreciaban á los otros...»

1.º ¿Quién eran aquellos á quienes Jesucristo enderezó esta parábola?... Eran hombres llenos de confianza en sí mismos... Esta confianza en sí mismo es opuesta á la confianza en Dios, al temor de Dios, y al respeto debido á Dios; ella procede de orgullo, y es incompatible con la humildad. En esta funesta disposicion no es posible hacer á Dios una oracion que le sea agradable, porque nos presentamos á él con pensamientos de presuncion, de estima de nues-

tro propio mérito, y de una buena opinion de nosotros mismos, que ofenden sus divinos ojos, y que tambien fastidian á los hombres cuando se dan algunas señales exteriores por donde puedan traslucirse... Es muy fácil caer en este defecto: guardémonos de él. ¡Cuántos hay que haciendo mucho caudal de sus pretendidos méritos parece que mas piden en la oracion la paga de una deuda que una gracia!

2.º *¿Quién eran aquellos á quienes Jesucristo enderezó esta parábola?*... Eran hombres que se miraban como justos... Tres suertes de personas caen en este defecto: ciertos justos que tienen demasiado motivo para dudar de su justicia; ciertos hombres negligentes que tienen sobrada razon para temer que están en pecado; finalmente, ¿quién lo creeria? ciertos pecadores, principalmente cuando sus desórdenes no han comparecido á los ojos de los hombres. Tales son aquellos que se presentan delante de Dios, que entran en el lugar santo, que asisten á los santos misterios, á los ejercicios de la oracion con una familiaridad, con una audacia, con un orgullo y con una indevacion que muchas veces se manifiesta aun hácia fuera, y que escandaliza á los hombres é irrita al Señor... Seamos nosotros quiénes fuésemos, no somos delante de Dios otra cosa que pecadores. Revistámonos, pues, de los sentimientos de nuestra indignidad si queremos ser oídos en nuestras oraciones.

3.º *¿Quién eran aquellos á quienes Jesucristo enderezó esta parábola?*... Eran hombres que despreciaban los otros hombres, como personas indignas de ser comparadas con ellos... El desprecio que se tiene de los otros viene del orgullo y de la soberbia, y sustenta la soberbia y el orgullo. Si acaso este vicio está tan escondido y tan envejecido en nosotros, que nuestro amor propio nos lo enmascare y nos impida el verlo, reconozcámoslo á lo menos, y asaltémoslo sin miramiento alguno en sus efectos, de los cuales el principal es el desprecio que nos inspira para con los otros. No permitamos que se levante en nuestro corazon el mas mínimo sentimiento, ni que salga de nuestra boca la mas mínima palabra de desprecio contra nadie. Guardémonos de preferirnos delante de Dios al mas mínimo de los hombres, y aun á los mas grandes pecadores... Guardémonos de ser del número de estas tres suertes de personas á quienes el Salvador enderezó esta parábola... «Dos hombres subieron al templo á hacer oracion, el uno fariseo...» Esto es, uno de aquellos hombres que hacian profesion de una observancia ejemplar y escrupulosa, y que se tenian y eran reputados por justos... «Y el otro publicano...» Esto es, un hombre de una profesion desacreditada, porque los que

la ejercitaban no hacian ostentacion de demasiado exactos en la observancia de la ley, porque estaban sujetos ó expuestos á la injusticia, á la avaricia, al lujo, á la crápula, y tales, en una palabra, que la voz pública frecuentemente los indicaba con el nombre de pecadores. ¿Quién no quedará sorprendido al ver dos hombres de una profesion tan diferente hallarse juntos, y que van al mismo tiempo á orar al templo? ¿Quién no diria que el primero va á hacer una oracion sublime, agradable á Dios y digna de ser propuesta por modelo á todos vosotros, y que el segundo, por el contrario, poco iluminado en los caminos del Señor, y poco instruido en su ley, va á hacer una oracion que será desechada del Señor? Pues con todo eso acaeció lo contrario, y esto es de cierto lo que nos debe humillar profundamente, y hacernos temer el juzgar á nadie.

PUNTO II.

Oracion del fariseo.

1.º *Se prefiere á todo el mundo...* «El fariseo se estaba...» La expresion del Evangelio, si no significa absolutamente que él estaba en pié, indica por lo menos el aire de confianza y de ostentacion con que se habia puesto en el templo, cerca del altar, y justamente para ser visto, distinguido y aun reputado por un grande hombre de bien... ¡Ay de mí! nuestro exterior en el templo, en la casa de Dios, ¿no tiene alguna cosa que se asemeje á la vanidad del fariseo?... «Oraba en su interior así: Te doy gracias, ó Dios, por...» «que no soy como los otros hombres...» La accion de gracias es una parte de la oracion, pero debe estar fundada sobre el conocimiento de nuestra nada y de nuestra indignidad. Debe ir acompañada de un sentimiento de confusion y de dolor de haberse aprovechado tan poco de los beneficios recibidos, y de un sentimiento de temor, por la cuenta que debemos dar de ellos. Finalmente, debe convertirse enteramente en alabanza de Dios y no en alabanza nuestra, tener por término el amor de Dios y del prójimo, y no el amor de nosotros mismos y el desprecio del prójimo... «Te doy gracias, ó Dios, porque no soy como los otros hombres, rapaces, injustos, adúlteros...» Habia en este discurso una sátira amarga y excesiva, y una loca presuncion. Con gusto se grita contra la malicia de los hombres y contra los desórdenes que entre ellos reinan; pero este celo es muy sospechoso, y cuando no estamos obligados á corregir á los otros es muy peligroso el ejercitarlo. Por lo ordinario hay en esto

mucha injusticia, porque la corrupcion se supone fácilmente mucho mayor y mas general de lo que en la realidad es. Se encuentra tambien mucho orgullo, porque se pretende que el mal que se dice de los otros venga á ser elogio de nuestra virtud. Pero ¡ay de mí! ¡Qué virtud! nos creemos santos, porque no nos pudrimos en el abismo del vicio. ¡Ah! si queremos compararnos á alguno, comparémonos á los Santos que nos han precedido, ó á las almas fervorosas que nos rodean. Ahí encontraremos de qué humillarnos, y qué imitar. ¡Si pensamos en los desórdenes que reinan en el mundo, este pensamiento nos debe servir de afliccion, nos debe hacer pedir perdon á Dios, y empeñarnos á suplicarle que no desahogue su cólera contra los culpados! Este pensamiento debe humillarnos al considerar que sin un favor particular seríamos nosotros mismos mas perversos, debe hacernos temer que acaso caigamos una vez en los excesos que censuramos y que reprobamos... «Te doy gracias, ó Dios, porque no soy... tampoco como este publicano...» Con qué ¿no hay seguridad alguna contra las censuras y el orgullo de este fariseo?... Este publicano está en el templo, está con modestia. Aquí ora, pues ¿por qué tratarlo con tanto desprecio, y ponerlo en la clase de los mas grandes pecadores?... ¡Ah! ¡cuán abominable es á los ojos de Dios este orgullo que no la perdona, ni aun á aquellos que se retiran á orar en su casa! ¡Cuántas almas piadosas ó penitentes no pueden escapar la censura en el seno mismo de la piedad, en los tribunales de la penitencia, ni en la sagrada mesa!

2.º *El fariseo se alaba á sí mismo...* «Ayuno dos veces en la semana, pago la décima de todo lo que poseo...» Los judíos fervorosos ayunaban el martes y el jueves; despues con el tiempo los cristianos para no judaizar ayunaron el miércoles y el viernes. Los judíos debian dar la décima de los frutos mas comunes de la tierra; pero los celantes de la ley, como los fariseos, daban la décima de todas las legumbres y de cualquiera yerba. Al oír, pues, á nuestro fariseo, él era un israelita fervoroso y un celante observador de la ley, sí; pero la enumeracion que hace delante de Dios de todas sus buenas obras les hace perder su mérito. Su vanidad viene á ser el escollo de su virtud... Es lícito tal vez hacer mencion de nuestras buenas obras, cuando nos hallamos obligados á rebatir la calumnia como Job, á sostener nuestro ministerio, como san Pablo, á animarnos á la esperanza, y á resistir á la pusilanimidad y á la desconfianza, como David; pero, fuera de estas circunstancias, discurrir de nuestras buenas obras, ó con Dios ó con los hombres, ó irlas recorriendo

entre nosotros mismos, es ponernos en peligro, no solo de perder todo el fruto, sino tambien de llevarnos del orgullo, y ponernos en peligro de murmurar, de despreciar á los otros, y de obrar la iniquidad.

3.º *El fariseo no hace peticion alguna...* ¿Qué ha pedido este fariseo á Dios, habiendo venido al templo á orar y á pedirle? En la buena opinion que tiene de su virtud, ¿ha pedido el aumento? ¿Ha pedido á lo menos la gracia de perseverar en ella? ¿Ha pedido alguna cosa para los otros? Nada: contento de sí mismo, y despreciador de los otros, ha venido á satisfacer á su amor propio, á dejarse ver de los hombres, y alabarse delante de Dios; á hacer el elogio de sus pretendidos méritos, y á darse delante de sus propios ojos la preferencia sobre aquellos que lo rodeaban. ¿No nos sucede acaso á nosotros muchas veces salir de la oracion sin haber pedido cosa alguna? Nuestra lengua ha pronunciado tal vez algunas palabras llenas de fervor y de demandas; pero nosotros ¿qué hemos pedido? Nada. ¡Ah! si reflexionamos á lo que las mas veces nos ha ocupado delante de Dios, ¿no reconoceremos con confusion que nuestra oracion es digna solo de nuestras lágrimas, y que muy semejante á la del fariseo necesita de ser purificada con una oracion semejante á la del publicano?

PUNTO III.

Oracion del publicano.

1.º *Su exterior...* No perdamos de vista alguna de las circunstancias que el Salvador ha tenido cuidado de unir aquí. Observemos en este publicano todas las cosas. 1.ª El puesto que toma... «Pero el publicano estando allá léjos...» Esto es, á la puerta del templo, mientras que el fariseo se habia puesto cerca del altar. ¡Ah! si yendo á la iglesia no nos paramos en la puerta, desde la puerta por lo menos pensemos en la majestad del lugar en que entramos; y purificándonos con el agua bendita, reconozcamos nuestra indignidad, y llenémosnos de respeto por la santidad y grandeza de un Dios que vamos á adorar. La disipacion ó la distraccion con que algunos entran en la iglesia, ó con que se ponen á orar, es un presagio bien seguro de la mala oracion que vendrá despues... Pasemos adelante con modestia, tomemos el puesto que se nos presentará, no lo busquemos con afectacion, no lo disputemos á ninguno; y si no es tal como lo podría desear vuestra vanidad, pensemos que estamos todavía mucho mas honrados en tenerlo, y que nuestros pecados merecerian ser ex-

cluidos del sagrado templo... 2.º *Sus ojos...* «Ni menos queria alzar los ojos al cielo...» Y nosotros ni queremos alzarlos al cielo por la esperanza, y para implorar los socorros; ni bajarlos á la tierra por humildad, y para mostrar nuestro respeto; antes los alzamos con una audacia que ofenderia á un grande de la tierra si estuviésemos en su presencia: nosotros los alzamos sobre todos los objetos que nos rodean, para buscar en ellos un alimento á nuestra disipacion, á nuestra curiosidad, á nuestra malignidad, y acaso á nuestro corazon corrompido... 3.º *Sus manos...* «Y se daba golpes en el pecho...» Era costumbre desde los primeros siglos darse golpes de pecho á la bendicion del Sacramento, á la elevacion de la hostia en la misa, y cuando el sacerdote se los da á sí mismo antes de la comunion; pero al presente ya nadie tiene valor para hacerlo, y si algunos lo practican, lo hacen como en secreto; tanta es la fuerza del respeto humano. Era tambien costumbre en lo demás del tiempo orar con las manos juntas, ó un poco elevadas hácia el altar, ó modestamente fijas, ó finalmente teniendo bajo de los ojos un libro de oraciones; pero ahora en vez de todo esto se ve un movimiento, una agitacion perpétua que muestra igualmente la ligereza del espíritu y la disipacion del corazon... 4.º *Su postura...* Nada se dice de cuál ni cómo fuese su postura; pero un hombre que tenia sus ojos fijos en la tierra, y con sus manos se daba golpes de pecho, no estaba de cierto en una postura con que nosotros nos atrevemos á estar á las veces delante de Dios, y con la que ni aun nos atreveríamos á estar delante de personas menos respetables; postura que en vez de mostrar respeto indica mas bien descuido, amor propio y disipacion... 5.º *Sus palabras...* «Diciendo: Dios...» Hablaba á Dios, y hablaba solo á él. Nosotros al contrario, en la iglesia misma hablamos y discurremos con las criaturas, y muchas veces nos salimos de allí sin haber dicho á Dios una palabra. ¡Cuántas irreverencias en nuestro exterior que escandalizan los mismos hombres! ¡Cuántos defectos en nuestro interior que ofenden á Dios!

2.º *La peticion del publicano...* «Diciendo: Dios, ten piedad de mí, pecador...» Sea esta oracion el modelo de la nuestra, y procuremos con ella reparar los defectos de todas las otras. ¡Dios mio, por cuántos motivos no me conviene á mí esta oracion! Os doy mil gracias por habérmela enseñado, y por haberme asegurado el éxito que ella ha tenido. La diré, pues, continuamente, y así la repetiré con frecuencia, y tendré al fin la dicha de mover vuestro corazon, y obtener de Vos misericordia.

3.º *El éxito de la oracion del publicano...* «Os digo que este se volvió justificado á su casa, á diferencia del otro...» ¡Afortunada preferencia! ¿Y quién podrá procurárnosla? La humildad. Apliquémonos, pues, á adquirir esta virtud; tengamos siempre fija en nuestro espíritu esta sentencia muchas veces repetida ya por nuestro Salvador... «Porque cualquiera que se exalta, será humillado; y quien se humilla será exaltado...» Sentencia que se verifica continuamente delante de Dios, y tambien entre los hombres.

Peticion y coloquio.

Ayudadme, pues, ó Señor, á dominar mi orgullo, obstáculo siempre vivo al éxito de mis oraciones. ¡Ay de mí! semejante al fariseo cuántas veces casi sin pensar en Vos me he llegado hasta el pié de vuestros altares; cuántas veces en el lugar de vuestras continuas humillaciones me he atribuido derechos, he afectado singularidades, he tomado un aire imperioso, me he detenido en hacer comparaciones orgullosas en que siempre he decidido á mi favor! Perdonadme, Dios mio, perdonadme. Triunfad de esta dominante flaqueza de mi corazon; triunfad de mi amor propio, que acaso no es diferente del fastuoso orgullo del fariseo cubierto de hipocresía, y que justamente por estar cubierto con el manto de la piedad será acaso mucho mas culpable á vuestros ojos... *Dios, ten piedad de mí, pecador...* Y el máximo de los pecadores... Amen.

MEDITACION CCXVII.

NIÑOS PRESENTADOS Á JESUCRISTO.

(Math. xix, 13-15; Marc. x, 13-16; Luc. xviii, 15-17).

Nosotros descubrimos aquí en Jesucristo: 1.º una bondad inefable; 2.º una enseñanza divina; 3.º una bendicion inestimable.

PUNTO I.

Bondad inefable.

Lo 1.º *En la complacencia de Jesús...* «Entonces le presentaron unos niños para que les impusiese las manos, y orase...» Mientras Jesucristo instruía sus Apóstoles, y ellos escuchaban con una particular atencion los sublimes y tiernos documentos que les daba este Dios Salvador, muchos padres y madres vinieron con grande solicitud á presentarle sus hijitos pequeños, y á pedirle que les impusiese las manos, y rezase sobre ellos alguna oracion, y los tocase... Es-